

**KAOS nunca murió. KAOS es todo. KAOS es arte. KAOS
es lucha. KAOS no existe. KAOS está en ti. KAOS es una
frecuencia. KAOS es un camino. KAOS es una elección.
La tuya. KAOS no es un libro.
KAOS es un arma.**

La playa se apagaba. Soplaban un viento del norte que enredaba los mechones de su pelo rubio sobre su cara pálida. Era hermosa. Miraba al horizonte con la vista fija donde el presente y el futuro se confunden. Tenía las manos resguardadas en su abrigo. Era frágil y, a la vez, su mirada siempre se me revelaba hermética, áspera, dura, como un páramo de llamas verdes.

Metí mi mano en el bolsillo de su abrigo y agarré la suya, cálida, ligeramente húmeda. Entonces su mirada, a bocajarro, se clavó en mis pupilas, como una frecuencia que no encuentra su dial, como una interferencia: «Ésta es la noche, /b/» fue todo lo que dijo.

x16y-93z-7R, occipital lobe, cuneus 17

Una fina lluvia cubría la ciudad barriendo las calles, creando charcos sobre las aceras que reflejaban un cielo sin luna, profundo como un agujero negro. De hecho, parecía que si pisabas un charco podrías ser absorbido por una nada opaca, hacia lo intemporal. Sin embargo, el reflejo de la tenue luz naranja de unas farolas lejanas, situadas junto a una alambrada tras la que se intuían vehículos apilados los unos encima de los otros en una amalgama de hierros violentamente aplastados, de aristas cortantes, iluminaba las paredes de ladrillo de aquellos edificios que franqueaban la zona.

Sólo se oía el murmullo del tráfico y, de cuando en cuando, el golpear metálico de unas cadenas contra la valla del desguace, sacudidas por un viento que empezaba a levantarse en aquella noche sin astros. El hiriente sonido del hierro contra el hierro le turbó; a él, un hombre alto, vestido de negro, con un número cinco bordado a la altura del corazón y la cara cubierta por un pasamontañas. Un hombre impaciente que esperaba al lado de una ventana de aquel edificio de ladrillo que recordaba a una antigua fábrica azucarera. Sólo que éste tenía la chimenea, que algún día debió de ser inmensa, derruida a medio camino entre el

suelo y las nubes, que se movían rápido, empujadas por el viento, rodeando una ciudad que era pequeñas luces diminutas hasta donde alcanzaba la vista.

El número 5 tenía unos ojos grises grandes e inquietos y una mirada inteligente. Estaba nervioso, daba pequeños pasos bajo la ventana que custodiaba sin alejarse demasiado y sin apartar la vista del hueco oscuro de su interior. Se paró y trató de escuchar algún sonido proveniente de la vieja fábrica, pero sólo logró distinguir la cadencia del tráfico abajo, en el valle. En aquella zona industrial de naves y grúas oxidadas reinaba un silencio extraño, amplificado, como una radio encendida sin sintonizar, que lograba ponerle de los nervios. Parecía que todas las cadenas de montaje, ahora en una pausa infinita, todas las chapas de metal que cubrían las chabolas y barracones, todos los candados de los portones metálicos de los hangares y todos los mastodónticos camiones, suspendidos en una quietud sucia e imperecedera, acusaran en la noche el exceso de trabajo del día con un quejumbroso llanto que el viento traía hasta él.

De repente, ese ruido se amplificó y una ráfaga puso a sus pies una bolsa de plástico descolorida que se enredó en sus botas de cordones. Inmediatamente y sin previo aviso, una luz de un amarillo hiriente le impactó en el pecho. Con ansiedad buscó la fuente, la distinguió al final de la calle: dos bultos negros que corrían hacia él. El bulto más bajo corría raudo, a ras de suelo, dejando atrás al otro bulto portador de la linterna. Un ladrido furioso rasgó el silencio. Las fauces de aquel perro brillaron en la oscuridad alumbradas por una luna que se abría paso entre dos nubarrones plomizos. La baba densa del animal cayó a la acera, sobre un charco, provocando unas ondas circulares que in-

mediatamente fueron anegadas por la bota del guardia de seguridad que corría tras él.

El número 5 se asomó a la ventana y gritó con urgencia un número que se perdió en los adentros de aquel edificio apagado. Echó a correr con rabia en dirección opuesta a la luz que se acercaba, rebotando intermitentemente en paredes y asfalto. Ahora el sonido de su respiración y la sangre agolpándose en latidos acelerados llenaban su silencio junto a la certeza de alcanzar la valla, saltarla y perderse en el desguace entre la chatarra hasta alcanzar el río y las alcantarillas. El sonido de sus propias botas golpeando la acera llegó a acompasarse con los pasos certeros de su perseguidor, una carrera interminable que llenó la noche de urgencia y ladridos. El número 5 olvidó que era un hombre y corrió como si la resistencia humana no tuviera límites. No miró atrás, no esperó a que nadie saliese por la ventana. Era el protocolo.

Torció por una calle y se perdió en un laberinto de callejones siniestros. No había un alma. Comenzó la lluvia de nuevo a morder los tejados suavemente con un murmullo acogedor que le calaba el pasamontañas y se mezclaba con su propio sudor. La luz seguía acercándose, implacable. Pero el número 5 no perdía de vista su meta, el otro lado de la valla, y seguía corriendo sin flaquear y sin mirar atrás. De súbito, la luz se paró a lo lejos. Él aprovechó entonces para saltar la alambrada sin ser visto y se perdió entre los coches destartados. A sus oídos, agrandado por todo el metal que le rodeaba, llegó el estruendo de un violento golpe que le hizo dudar por un segundo, pero no giró la cabeza y siguió adelante mientras sus ojos se rebelaban con lágrimas de rabia. Los ladridos se hicieron ensordecedores y se confundieron con los aullidos de dolor del nú-

mero 3, unos gritos que quedarían por siempre archivados en la cabeza del número 5.

LA FÁBRICA

Vístete. Deja un nombre falso. Sé legendario. El mejor terrorismo poético está contra la ley, pero que no te pillen. Arte como crimen, crimen como arte. Así comenzó todo, con aquellas frases de Hakim Bey. Cuando yo los conocí eran un reducido grupo de intelectuales y artistas, representantes de una heterodoxa escena maldita que frecuentaban siempre el mismo tugurio de la ciudad: La Fábrica. Aquello era más que una casa okupa, como su nombre indicaba. La Fábrica había sido eso, un centro de producción de cigarrillos en cadena, donde la mayoría de sus trabajadores eran mujeres que apenas ganaban para alimentar a sus hijos. Historias de antiguas feministas que ya no interesaban a nadie, de las que ni siquiera se conservaba una foto descolorida sobre las ajadas paredes de la zona noble. Aquel edificio era todo un símbolo de los inicios feroces de ese primer capitalismo que, como todo el que vino después, iba disfrazado de progreso y promesas de bienestar. Ahora, sin embargo, La Fábrica era una ruina okupada en el corazón de la ciudad, en uno de sus barrios más interraciales. Más de diez mil metros divididos en un inmenso edificio de cuatro plantas con dos alas, varios antiguos almacenes que cercaban un patio amurallado, tomado en su mayoría por huertos urba-

nos. Sólo se había okupado lo necesario: los sótanos eran salas de ensayo y sus techos abovedados, lienzos para grafiteros. La planta principal tenía un amplio atrio para conciertos, alrededor del cual se diseminaban por pasillos y antiguas oficinas todas las aulas de los talleres que se impartían ahora de manera gratuita. A la entrada, girando a la derecha, estaba el bar. Una estancia amplia sin apenas decoración, con un mobiliario tan desperejo y maltratado como los parroquianos que entre sus paredes se daban cita. Allí, aunque ellos no pertenecían directamente a ese mundo, se sentían cómodos; creo que allí, rodeados de auténticos antisistema, encontraban sentido a sus vidas insulsas, a sus vidas demasiado normales. Cuando yo llegué, eran cuatro: /b/, Jota, Taz y King K.

Jota y King K se conocían de la Facultad de Bellas Artes, siempre habían soñado con ser grandes artistas, pero en la realidad eran mediocres artesanos; Taz era poeta y cajera de un supermercado y /b/..., /b/ era escritor. No en vano había publicado dos novelas bastante relevantes; *Ciudad de cenizas* y *Frecuencias*, al menos, no habían pasado totalmente desapercibidas para la crítica, pero, de todas formas, para sobrevivir se alquilaba por dinero escribiendo artículos vacíos en un periódico de barrio. Cómo llegaron todos ellos a hacerse amigos lo desconozco, supongo que fue a base de coincidir varias veces en el bar autogestionado de La Fábrica. Aquello era un nido de librepensadores: había desde filósofos a locos vestidos de profetas —realmente era difícil distinguirlos—; también estaba lleno de estudiantes demasiado radicales para ser aceptados en los círculos de las universidades, muchos músicos callejeros, alguna que otra cantante y, por supuesto, grafiteros, tatuadores, hiphoperos y demás pirotécnicos urbanos. En cierto sentido, allí se daba cita la

disidencia artística de la ciudad. Desde que el arte se había convertido en otra herramienta más del imperialismo, en otra imposición ideológica, cada vez había menos espacios para las auténticas conciencias. Yo, que también era artista, a mi manera, siempre a mi manera, completamente autodidacta, no tenía otra forma de relacionarme con nadie que compartiera mis inquietudes, y por eso me dejaba caer por allí con mi portátil con la excusa del wifi gratis; para revisar mi correo y buscar alguna cosa en internet mientras trataba de conocer gente que mereciera la pena. Así que, más temprano que tarde, estaba predestinada a cruzarme con ellos. Mi primer contacto sería con /b/. Él me llevaría ante el resto. Entonces..., ya no podría dejar de frecuentarlos. Jamás sentiría tanta adrenalina.

Dejadme que os cuente antes cómo surgió todo aquello, cómo surgió KAOS. Así entenderéis la fascinación que me provocaba. /b/ y Jota eran amigos de la infancia, del mismo barrio, muy diferentes al resto de chicos; siempre con ese germen maldito que llevaban en la sangre, que les hacía sucumbir ante una imagen. A menudo jugaban a ensalzar, a convertir en arte lo que otros tiraban al suelo. Los despojos como protagonistas. Jota los dibujaba en su cuaderno y /b/ les ponía nombres y leyendas. Un compendio de basuras, como animales de un hábitat invisible, con nombres científicos en latín. *Malborus cartoni*, esqueleto bermejo y satinado que preserva en su interior seres incandescentes, que ante la incapacidad de huir de las bocas depredadoras se consumen esparciendo en el aire sus cenizas. Tan raros, tan únicos, tan incomprendidos: mártires de barrio. Hay una edad en la que si no haces lo que todos hacen, te conviertes en nadie. A ellos no parecía importarles ser nadie, pues en la propia negación estaba la esencia

de lo que ellos significaban. /b/ era más visceral; Jota, por el contrario, más racional, pero ambos tenían una peculiar visión de la realidad: lo desechado como elemento aleccionador. Era su manera de escapar de aquel barrio de la periferia, de aquel cinturón obrero tan apretado por pisos y más pisos de ladrillo vista y toldos verdes que ponían límites a sus ansias de horizontes. Su primer fanzine era una joya de la rebeldía juvenil influenciado por Spender: *el futuro es como una bomba de relojería que hace tic tac en el presente*. KAOS ya estaba allí, en aquellas páginas de activismo adolescente, sólo que aún no lo habían visto, pero ya iban cruzando un puente y colocado ahí para ellos. Después vino la universidad, la comprensible distancia, eligieron carreras distintas, eligieron gente distinta, pero encontraron siempre zonas, huecos para seguir fotografiando lo cotidiano, aunque fuera mentalmente, con palabras. Les encantaba meter esas palabras en los vasos, agitarlas como un cóctel molotov y tragárselas, incendiarse y transgredir sus propios pensamientos, a gritos, borrachos en aquellas noches eternas en las que profetizaban la venida de aquella enorme bomba H, *tic tac*, de aquel futuro incierto. Se conocían como hermanos se necesitaban como amigos. Alargaban aquellos encuentros hasta el amanecer, sin un resquicio para el silencio: uno le contaba al otro lo que escribía y el otro lo que estaba pintando. A menudo les obsesionaban las mismas cosas, de algún modo estaban artísticamente conectados.

Los años fueron pasando y dejaron un reguero de desencanto, una marea negra de deseos naufragados. Jota, ante la imposibilidad de encontrar un trabajo ni nada que se le pareciera, había optado por estudiar un posgrado de arte con la intención, aunque sin las ganas suficientes, de convertir-

se algún día en profesor universitario. «Pero yo seré uno de los buenos», le mentía a /b/, se mentía a sí mismo. Su cartera abultada dejaba asomar la esquina de un pesado manual de arte moderno de un aún más pesado catedrático. En un alarde de inspiración, Jota sacó el libro y comenzó a arrancarle páginas mientras se las comía, masticándolas con la boca abierta hasta agigantar sus carrillos como los de un hámster. /b/ reía y aplaudía cada bocado de Jota. Y entonces ocurrió, se coló allí otra frecuencia que destartaló ese presente y lo transformó en uno nuevo. Jota fue a arrancar otra página y /b/ se dio cuenta de que sobre el texto impreso, garabateado con rotulador rojo, había un mensaje: *Vístete. Deja un nombre falso. Sé legendario. El mejor terrorismo poético está contra la ley, pero que no te pillen. Arte como crimen, crimen como arte.* Allí, justo allí, la bomba había estallado, estaban completamente contagiados. A partir de aquel momento, todo cambió. Las cosas empezaron a tener sentido. Se terminaron las quejas, se dijeron. Se acabó el inmovilismo. Se acabó el derrotismo. Si querían ser legendarios, debían ser legendarios. Cómo no se les había ocurrido antes, el *arte como crimen*, el *crimen como arte*. Era la hora del activismo. La hora del *caos*.

Tras el hallazgo, al día siguiente descubrieron, gracias a internet, que aquellos textos pertenecían a un filósofo norteamericano, apodado Hakim Bey, y que ésa, la que habían encontrado, tan sólo era una pequeña muestra de la obra de este hombre que, por lo demás, era extensa y en muchas ocasiones bastante críptica. Sin dudarlo, se descargaron todos los ensayos que pudieron encontrar de Bey, que por suerte estaban traducidos y a disposición del que quisiera leerlos. *Caos, los pasquines del anarquismo ontológico; TAZ, Zona Temporalmente Autónoma o Radio Sermonettes*

eran sólo algunos de ellos. Lo que leyeron les marcó profundamente, sobre todo las partes dedicadas al PT o *poetic terrorism*. Algunas de aquellas frases se convirtieron en máximas de sus vidas: *Desvalija casas, pero, en vez de robar, deja objetos poético-terroristas. Secuestra a alguien y hazlo feliz. Elige a alguien al azar y convéncele de ser el heredero de una inmensa, inútil y asombrosa fortuna, digamos 5.000 hectáreas de la Antártida, o un viejo elefante de circo, o un orfanato en Bombay, o una colección de manuscritos alquímicos. Al final terminará por darse cuenta de que por un momento ha creído en algo extraordinario: el resultado será que se verá quizá llevado a buscar una forma de existencia más intensa.*

Aquella misma semana decidieron llevar a cabo su primer PT. Eligieron uno sencillo para empezar. Querían llamar la atención con algo que provocase en la gente la reflexión sobre la futilidad de la vida y la necesidad de vivirla plenamente, conscientemente. Un clásico *tempus fugit* que incitara al no menos clásico *carpe diem*. Una de las avenidas principales de la ciudad sirvió así de escenario para su primera obra terrorista. Todos los árboles de aquel paseo aparecieron cubiertos de cartones circulares, sobre los que había pintados relojes sin manecillas en los que se podía leer: *Now*. Un canto a la rebeldía más primaria, a librarse de las cadenas del tiempo, de los horarios, a hacer con la vida lo que realmente uno quisiera hacer con ella. Aquella marea de *tic tacs*, aquel reloj que marcaba la hora de un cambio de actitud, un punto de inflexión en sus vidas y en el devenir de la ciudad, no pasó inadvertido. Seguro que el cometido del PT se había cumplido con algún viandante. Con que una sola persona hubiera levantado la vista de sus pasos, mirado a los árboles, y se hubiera encontrado rodeada de *Now's*, ya habría merecido la pena. A esa persona en-

tonces le habrían asaltado varias preguntas sobre su propia existencia, sobre la relevancia de sus actos, sobre lo que de verdad importaba. *Buscar una forma de existencia más intensa*. Sí... Era hora de cuestionárselo todo. Había nacido un nuevo movimiento. Había nacido KAOS.